

primera nación del mundo, todo era alegría y fraternidad de los espíritus sin tasa ni medida.

—¡Mi dirección, en la redacción del *Rappel*! ¡Bien conocida en el mundo! En cuanto á lo de ese lío, quedo descansado...

—¡Puede usted quedar descansado!

—Servidor de usted. ¡Mis saludos á la señora doña María!

El carruaje corría á través de Aterro y en tanto Ega, se interrogaba asimismo, "¿qué he de hacer?". ¿Qué haría, santo Dios, con aquel secreto terrible que poseía, de que sólo él era dueño, ahora que Guimaraes partía, desaparecía para siempre? Y entreviendo con terror las angustias en que esa revelación iba á sumir al hombre que más quería en el mundo, instintivamente pensó en guardar para siempre el secreto, dejarlo morir con él. No diría nada; Guimaraes se zambullía en París y aquellos que se amaban continuarían amándose!... Así evitaría una crisis atroz en la vida de Carlos y se substraría también así á la parte que como amigo le correspondía en sus aflicciones. ¡Qué cosa más cruel además, que amargar la vida de dos inocentes y adorables criaturas arrojándoles á la cara una prueba de incesto!...

Pero á esta idea de *incesto* se le ocurrieron todas las consecuencias que su silencio podía acarrear y las vió, vivas y pavorosas, agitarse ante sus ojos en la obscuridad del carruaje? ¿Podría él tranquilamente ser testigo de la vida de ambos, desde el momento que sabía era *incestuosa*? ¿Podría ir á la calle de San Francisco, sentarse con ellos alegremente á la mesa, entreverlos detrás de los cortinajes de la cama en que ambos dormían sabiendo que este sucio pecado era obra de su silencio? No podía ser... Pero tampoco se creía con fuerzas para entrar al

otro día en el cuarto de Carlos y decirle á la cara: "¡Mira que eres el amante de tu hermana!"

Al llegar al Ramillete, Ega subió, como acostumbraba, por la escalera particular de Carlos. Todo estaba apagado y mudo. Escondió su palmatoria, entreabrió la puerta de entrada á los aposentos de Carlos y dió por la alfombra algunos pasos tímidos que parecieron resonar ya tristemente. Un reflejo del espejo dejó ver el fondo de la alcoba y la luz cayó sobre el lecho intacto, con su ancha colcha lisa, entre los cortinajes de seda. Entonces le asaltó la idea de que Carlos estaba á aquella hora en la calle de San Francisco, durmiendo con una mujer que era su hermana y como en una visión viólos claramente, con forma material y tangible, abrazado uno á otro y en camisa... Toda la belleza de María, toda la guapeza de Carlos desaparecían; quedaban sólo dos animales, salidos del mismo vientre, juntándose en un rincón como perros, bajo el impulso bruto del vicio!

Corrió á su cuarto, huyendo de aquella visión á que la obscuridad del corredor mal disipada por la luz trémula de la vela daba mayor relieve. Cerró la puerta y encendió de prisa sobre el tocador, una después de otra, con mano agitada, las seis bujías de los candelabros. Ahora le parecía aun más urgente é inevitable la necesidad de contar *todo* á Carlos. Pero al mismo tiempo se sentía á cada instante con menos ánimos para llegar, encararse con Carlos y destruirle la felicidad de su vida con una revelación de incesto. ¡No podía! ¡Que se lo dijese otro! Allí estaba él para consolarle después, y participar de su dolor cariñoso y fiel. No serían palabras salidas de su boca, las que causarían el disgusto supremo de la vida de Carlos. ¡Que se lo dijese otro! ¿Pero quién? Por su pobre cabeza pasaban mil

ideas incoherentes y vagas. Pedir á Maria que hu-
yese, que desapareciese... Escribir una carta anóni-
ma á Carlos, detallándole la historia de Guimaraes.
Y esta confusión, esta ansiedad iba trocándose len-
tamente en odio hacia el señor Guimaraes. ¿Por qué
hablara aquel imbécil? ¿Por qué insistiera en confiar-
le papeles viejos? ¿Por qué se lo presentara Alencar?
Ah, á no ser por la carta de Dámaso... Todo prove-
nia del maldito Dámaso!

Paseando agitado por el cuarto, con el sombrero
puesto aún, se fijó en una carta que había sobre la
mesita de noche. Reconoció la letra de Villaça. No
la abrió... Una idea le asaltó de repente. ¡Contar
todo á Villaça!... ¿Por qué no? Era el procurador de
los Maias y nunca hubo para él secretos en aquella
casa. Así, pues, esta complicación singular ocasio-
nada por una señora de la familia, considerada
como muerta y que surgía inesperadamente, á quien
perteneía aclarar mejor que al fiel procurador, al
viejo confidente, al hombre á quien por herencia y
por su destino, no se le ocultara ningún secreto y se
mezclara en todas las cuestiones domésticas... Y
sin pensar más, sin profundizar más, se aferró á
esta solución salvadora, que por lo menos le devol-
vía el sosiego, le quitaba de sobre el corazón un peso
de hierro, sofocante é intolerable...

Debía levantarse temprano para encontrar á
Villaça en su casa y escribió en una hoja de papel:
"Llamarme á la siete., Bajó y colocó en la llave del
cuarto del criado.

Cuando subió, más calmado, abrió la carta de Vi-
llaça. Eran dos líneas recordando al amigo Ega que
la letrita de doscientos mil reis, del Banco Popular,
vencía de allí á dos días.

—¡Vaya, todo se junta!—exclamó Ega furioso, ti-
rando la carta estrujada al suelo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
XVI
CALLE No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Puntualmente, á las siete, el criado despertó á
Ega. Se sentó éste de un salto en la cama y en se-
guida todos los negros cuidados de la víspera, Car-
los, su hermana, la felicidad de aquella casa, des-
aparecida para siempre, se alborotaron en su alma,
como despertando también. Por la puerta de la es-
calera que quedara abierta, se colaba un tenue aire
de madrugada que movía el transparente de tela
blanca. Durante un momento, Ega quedóse miran-
do alrededor, sintiendo un ligero estremecimiento
de frío y acabó por arrebuarse de nuevo entre las
sábanas perezosamente, para gozar un poco más
del calor y del bienestar de la cama, antes de lan-
zarse á la calle á afrontar las amarguras del día.

Entonces fué pareciéndole cada vez menos urgen-
te y necesaria aquella prisa extremada por ir á ca-
sa de Villaça... ¿Para qué? No era cuestión de dine-
ro, ni de escrituras, ni de legalización de documen-
tos, de nada que reclamase la experiencia de un pro-
curador. Era sólo enterar á una persona más de un
secreto tan terriblemente delicado que él mismo se
asustaba de saberlo. Y cada vez más encogido bajo